

Apuntes «Triple A». Argentina, 1973-1976*

JULIETA ROSTICA**

Artículo recibido: 22/05/2011
Artículo aprobado: 08/09/2011

Para citar este artículo: Rostica, Julieta (2011). Apuntes sobre la “Triple A”. Argentina, 1973-1976. *Desafíos* 23-II, pp. 21-51.

Resumen

El 25 de mayo de 1973 el peronismo volvió a gobernar la Argentina tras aproximadamente dos décadas de proscripción y persecución política. Tras su establecimiento, ciertos crímenes comenzaron a ser firmados con “AAA”. La Triple A tuvo la particularidad de desaparecer con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. ¿Por qué esta organización sólo pudo existir en una democracia erigida en medio de dos dictaduras militares? ¿Por qué existió durante el tan anhelado gobierno peronista?

El artículo ofrece una aproximación a la Triple A que versa entre la historia, la sociología y la política. El mismo procura desentrañar las condiciones sociohistóricas de la Triple A, analizando los factores internacionales, ideológicos, utilitaristas y estratégicos. Nuestra hipótesis es que este grupo ilegal fracasó en el ensayo de una estrategia de represión no estatal, que terminó legitimando la opción golpista coronada el 24 de marzo de 1976.

* En este trabajo se presentan algunos de los resultados obtenidos en mi investigación como miembro de los proyectos colectivos UBACyT (2008/2010) *Las condiciones socio históricas de la democracia y la dictadura en América Latina 1954-2010* y PIP (2010/2012) *Condiciones socio históricas de la violencia política en América Latina 1954-1989*, ambos dirigidos por el Dr. Waldo Ansaldi. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

** Becaria postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: julietarostica@yahoo.com.

Palabras clave: *Triple A, violencia política, organización paraestatal, peronismo, dictadura.*

About the Triple A. Argentina 1973 - 1976

Abstract

On May 25, 1973, Peronism returned to govern Argentina after about two decades of prohibition and political persecution. After its establishment, certain crimes began to be signed with “AAA”. The Triple A adopted the particularity of disappearing with the coup on March 24 1976. Why could this organization only exist in a democracy erected in the middle of two military dictatorships? Why did it exist during the very wished Peronist government?

The article offers an approach to the Triple A, that is, from the perspectives of history, sociology and politics. It seeks to unravel the socio-historical conditions of the Triple A by analyzing the international, ideological, utilitarian and strategic factors. Our hypothesis is that this illegal group failed in trying a strategy of non-state conducted repression, which ended up legitimizing the coup option crowned on March 24, 1976.

Key words: *Triple A, political violence, semi-official organization; peronism, dictatorship.*

Anotações sobre a «Triple A». Argentina, 1973-1976

Resumo

Em 25 de maio de 1973 o peronismo voltou a governar à Argentina depois de aproximadamente duas décadas de proscrição e persecução política. Depois de seu estabelecimento, alguns crimes começaram a ser assinados com “AAA”. A triple A teve a particularidade de desaparecer com o golpe de Estado de 24 de março de 1976. Por que esta organização só pôde existir em uma democracia erigida no meio de duas ditaduras militares? Por que existiu durante o tão anelado governo peronista?

O artigo oferece uma aproximação à Triple A que versa entre a história, a sociologia e a política. Este mesmo procura desentranhar as condições sócio-históricas da Triple A analisando os fatores internacionais, ideológicos, utilitaristas e estratégicos. Nossa hipótese é que este grupo ilegal fracassou no ensaio de uma estratégia de repressão não estatal, que terminou legitimando a opção golpista coroada o 24 de março de 1976.

Palavras chave: *Triple A, violência política, organização paraestatal, peronismo, ditadura.*

En Argentina, después de veinte años de proscripción y persecución política, en 1973 el peronismo volvió al poder. Tras el establecimiento de la presidencia de Héctor Cámpora y el retorno al régimen democrático, al cabo de poco tiempo, ciertos crímenes comenzaron a ser firmados con “AAA”. La Triple A tuvo la particularidad de desaparecer con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 ¿Por qué esta organización sólo pudo existir en una democracia erigida en medio de dos dictaduras institucionales de las fuerzas armadas? ¿Por qué existió durante el tan anhelado gobierno peronista?

Como toda organización clandestina e ilegal que ha manipulado recursos estatales, de ella se sabe con certeza muy poco. La mayoría de las investigaciones que se cuentan específicamente sobre la Triple A, y a partir de las cuales realizamos el presente trabajo, son investigaciones periodísticas. El vacío se profundiza porque, si bien en la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP) hay cerca de mil denuncias de desapariciones perpetradas durante el gobierno peronista (1973-1976), en ninguno de los procesos judiciales abiertos hubo condenados. La reapertura de la causa en 2005 y los actuales juicios siguen sufriendo de una “inexplicable pasividad”, según Juan Gasparini (2011: 315).

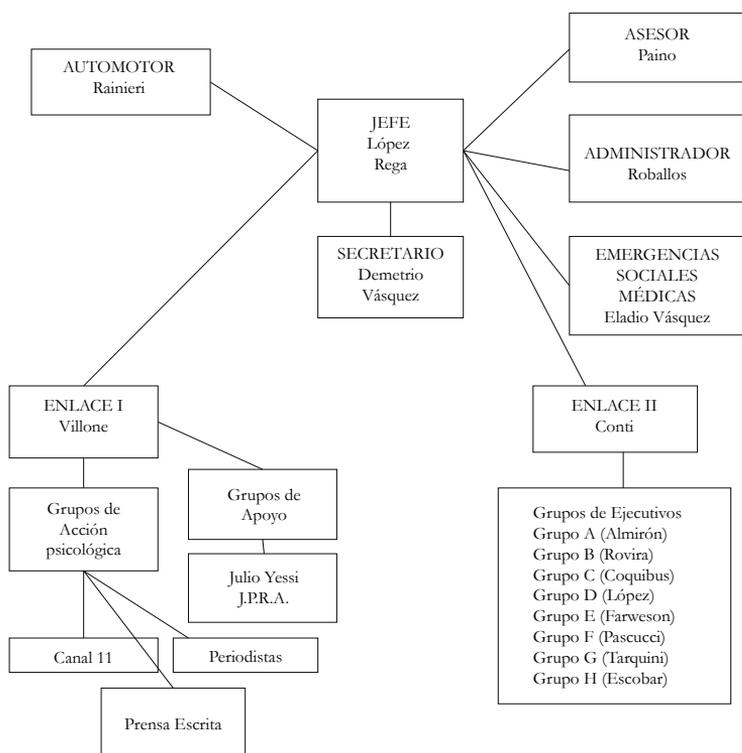
Consideramos que, de todos modos, podemos dar cuenta de las condiciones que favorecieron la emergencia y la desaparición de la Triple A ofreciendo una aproximación que versa entre la historia, la sociología y la política. Nuestra hipótesis sostiene que este grupo ilegal fracasó en el ensayo de una estrategia de represión no estatal, que terminó legitimando la opción golpista coronada el 24 de marzo de 1976. Para ello analizaremos los factores internacionales, ideológicos, utilitaristas y estratégicos.

¿Qué fue la Triple A?

La Triple A fue un actor político colectivo con una organización interna (estructura, jerarquía, *modus operandi*) que ejerció una acción política no convencional, no legal y violenta, utilizando recursos del propio Estado.

Según Salvador Horacio Paino¹ la Alianza Anticomunista Argentina, o sencillamente la Triple A, se creó para “combatir al terrorismo en su propio terreno, con sus mismas armas: con su falta de ética y moral. Lo que por sus reglamentos y leyes no pueden hacer las fuerzas armadas ni la policía” (Paino, 1984: 42). Esto definió la relación que la organización tuvo con el Estado: “tuvimos quizás la complacencia del Gobierno, pero nunca un apoyo directo, y todo lo tuvimos que hacer de una forma casi clandestina” (Paino, 1984: 113).

Organigrama fundacional de la Triple A



Fuente: Salvador Horacio Paino, 1984).

¹ Fue nombrado en 1973 Jefe de Organización y Administración de Prensa, Difusión y Relaciones Públicas del Secretario Privado de Perón, José López Rega. Actualmente, su testimonio es tomado en cuenta por la justicia. Por constituir una de las pocas fuentes con las que contamos para saber sobre la estructura, jerarquía y recursos internos de la organización, la utilizaremos seleccionando aquellos aspectos que nos parezcan menos dudosos y más confiables.

De acuerdo a diversas fuentes, los recursos económicos de la organización fueron suministrados por José López Rega, Rodolfo Roballos y la Logia Propaganda Dos. Las armas se compraron de contrabando en Paraguay y se guardaron en habitaciones del Ministerio de Bienestar Social. Las instalaciones del Ministerio sirvieron también para preparar automóviles armados. Pero la instrucción y el adoctrinamiento al personal de custodia se realizaron en unas oficinas alquiladas. La custodia del Ministerio de Bienestar Social, según Paino, “cambió de fisonomía”: “de ser un grupo amorfo y aburguesado, pasó a ser un grupo organizado y capaz de realizar operaciones en conjunto” (Paino, 1984: 58). Esta custodia ascendió a 154 personas.

Los Grupos actuaban bajo las órdenes de López Rega a través de los enlaces. Los servicios de información estaban situados en barrios con poder adquisitivo pues se consideraba que éstos eran preferidos por los “terroristas”. Había un jefe de manzana que recibía la información. El jefe de sector tomaba seis manzanas y el jefe de la zona tomaba dos sectores. Éste filtraba la información y la comunicaba al Ministerio de Bienestar Social. Generalmente, todo aquel que aportaba información, recibía una recompensa. Luego se organizaba un operativo para detener a la víctima. En general se la detenía en la casa o en la vía pública al grito de “Policía Federal”. Se la rodeaba, se le colocaba una capucha y esposas y se la introducía en camionetas cuyas puertas indicaban “Ministerio del Interior” o “R. 2 Sec. Inteligencia”. En algunas ocasiones se la trasladaba al Ministerio de Bienestar Social donde era torturada por miembros de la Policía con golpes o picana eléctrica. Una vez decidida la ejecución, se le quitaba los objetos que pudiesen contribuir a su identificación y se quemaban en la caldera del Ministerio. Posteriormente se inyectaba a la víctima con una elevada dosis de ampliactil, se la colocaba en una bolsa de plástico y se la trasladaba a las afueras de Buenos Aires, generalmente a los bosques de Ezeiza. Allí era acribillada a tiros pues había una orden que decía que todos debían disparar sobre la víctima para que después no hubiera culpables o inocentes. Arrojada a una fosa, sobre la víctima se tiraba una bolsa de cal, agua y ácido muriático. La Triple A también realizó atentados con bombas, ataques con ráfagas de ametralladora, secuestros, violaciones y ejecuciones de mujeres. Las acciones las

firmaba la Triple A con tres letras escritas con sangre en un papel, marcadas a balazos o tajeadas con cuchillo o puñal en el cuerpo mismo del militante asesinado. La organización, sin embargo, no firmó todos sus crímenes hasta después de la muerte de Juan Perón. Juan Ramón Morales, Rodolfo Eduardo Almirón, Miguel Ángel Rovira y Felipe Romeo son considerados los hombres de mayor renombre en la organización y los que han sido buscados en los últimos años por la justicia argentina (Hauser, 27 de diciembre de 2006 y 13 de enero de 2007; Oyarbide, 26 de diciembre de 2006)².

En los inicios, la Triple A se había propuesto hacer una campaña en los medios de comunicación contra las personas que no estaban de acuerdo con el gobierno y hacer “más potable” la imagen de López Rega. Grupos enviados por la Secretaría de Prensa ocuparon los canales de televisión 9 y 11, a los que siguieron los canales 7 y 13. Según indica el testigo Paino, se confeccionó una “lista negra” de actores, actrices, músicos y periodistas, a los que se les comenzó a poner todo tipo de trabas en el trabajo. A través de estos medios, la Triple A anunciaba los nombres de las futuras víctimas o enviaba comunicados para explicar algunos asesinatos. Como ejemplo, el asesinato del hermano del ex presidente: “Sepa el pueblo argentino que a la hora 14:20 fue ajusticiado el disfrazado número uno Silvio Frondizi, traidor de trabajadores, comunista, bolchevique, ideólogo y fundador del Ejército Revolucionario del Pueblo.” Otro ejemplo: “La lista sigue... murió Troxler. Muerto por bolche y mal argentino. Seguirán cayendo. Adjuntamos lista de ejecuciones. Viva la Patria. Viva Perón. Viva Isabel” (Citados en Larraquy, 2007: 307).

De acuerdo a Paino, el Movimiento Peronista Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo fueron las organizaciones “terroristas” contra las que actuó la Triple A (Paino, 1984: 62). Atacó, entre

² El juez federal Norberto Oyarbide en diciembre de 2006 reclamó a España la captura de Rodolfo Almirón y de Isabel Martínez de Perón. El fiscal Taiano también promovió la detención de otros dos custodios: Juan Ramón Morales y Miguel Ángel Rovira (Oyarbide, 26 de diciembre de 2006; Hauser, 27 de diciembre de 2006 y 13 de enero de 2007). Morales murió con arresto domiciliario en 2007. Almirón y Felipe Romeo murieron impunes en 2009. Finalmente, el 23 de julio de 2010 murió Rovira, preso en su casa, pero formalmente impune (Página 12, 11 de agosto de 2010).

otros, a estudiantes y profesores universitarios, dirigentes obreros, abogados, periodistas, artistas, etc. Larraquy cuenta, entre agosto y septiembre de 1974, 60 muertos, 20 secuestrados y 220 heridos (2007: 308). Hubo atentados con bombas que destruyeron la Asociación Gremial de Abogados, al diario *Noticias*, la casa del rector interino de la Universidad de Buenos Aires. La Triple A también eliminó a varios militantes de derecha, ya sea por lealtad, diferencias o error, los cuales fueron atribuidos a la “subversión marxista”. Incluso, asesinó al ex jefe del Ejército chileno durante el gobierno de Allende, el general Carlos Prats, anticipando el plan de coordinación supra-regional de la represión: el Plan Cóndor (Calloni, 2001). Bombas y balas cayeron sobre los diarios *La Tarde*, *El Atlántico*, *La Voz del Interior*, *El Día*, *La Gaceta* y *El Intransigente*. La televisión estatal difundió un corte publicitario que señalaba a los diarios *El Cronista Comercial* y *La Opinión* como protectores de la guerrilla y los ponía en el mismo nivel de los ya clausurados *El Mundo* (del ERP) y *Noticias* (de Montoneros).

Según Inés Izaguirre, mientras Perón vivió el objetivo de la Triple A fueron los cuadros revolucionarios del propio movimiento (partidarios de Cámpora), seguidos de la izquierda gremial (opositores a la burocracia sindical). Desde la muerte de Perón, en cambio, las bajas de las organizaciones populares con filiación ideológica de izquierda se multiplicaron por 43 y las de la izquierda marxista (PRT-ERP, PC y Socialismo), por 28. (Izaguirre, 2009: 100-101). Juan Carlos Martín sostiene que las fuerzas parapoliciales operaron sobre los cuadros más combativos desarmados de los frentes de masas, aquellos que mediaban entre las organizaciones revolucionarias y el movimiento de masas. Tal es así que fueron las “masas movilizadas” y los militantes políticos de base quienes recibieron el peso fundamental de la violencia durante ese período, aunque ninguno de ellos se sentía involucrado “en la denominación «delincuente subversivo»” (Marín, 1996: 110).

Marín endilga la creación del organismo parapolicial directamente a Juan Domingo Perón y a la burguesía argentina. Sin embargo, no fue precisamente durante el gobierno de Perón que la Triple A tuvo la licencia para aniquilar a la supuesta izquierda. Perón se opuso públicamente a dicha propuesta en diciembre de 1973:

Muchas veces me han dicho que creemos un batallón de la muerte como el que tienen los brasileños, o que formemos una organización parapolicial para hacerle la guerrilla a la guerrilla. Pienso que eso no es posible ni conveniente. Hay una ley y una justicia y quien delinca se enfrentará a esa ley y a esa justicia por la vía natural que toda democracia asegura a la ciudadanía. Creer lo contrario sería asegurar la injusticia, y andaríamos matando gente en la calle que ni merece ni tiene porqué morir. (...) Yo no he de entrar por el camino de la violencia, porque si a la violencia de esos elementos le agrego la violencia del Estado, no llegamos a ninguna solución (Extractos del discurso de Perón citados en Feinmann, 1987: 73).

Izaguirre también coincide con ello: “nuestros datos permiten suponer que Perón no estaba dispuesto a hacer una gran escalada para aplastar a la izquierda de su movimiento y apostó a la política para reorganizar el movimiento y al país. En mi opinión, consideraba suficiente producir una cuota de anticuerpos para hacerlos desistir de sus propósitos hegemónicos, y no dejarse presionar. De acuerdo con su pensamiento político, bastaba con producir alguna baja ejemplificadora” (Izaguirre, 2009: 97). En efecto, fue tras la muerte de Perón que comenzó la hora de la Triple A, a la que se le atribuyen mil quinientos asesinatos. El lanzamiento sin tregua ni reparo “a la liquidación del enemigo subversivo” se produjo después de que éste falleciera.

¿Puede caracterizarse a la Triple A como un organismo paraestatal? Si entendemos por esto a una institución, organismo o centro que, por delegación del Estado, coopera a los fines de éste sin formar parte de la administración pública³, es posible responder afirmativamente, teniendo ciertos recaudos. Es decir, puede ser considerada paraestatal recién tras la muerte de Juan Perón y no antes. Además, si bien no fue un organismo de la administración pública por la utilización de una violencia ilegítima, ilegal y su carácter semiclandestino, utilizó recursos de la misma. Generalmente se ha caracterizado a esta organización como parapolicial. No obstante, el juez Oyarbide en 2006 afirmó que fue una organización criminal gestada desde el mismo Estado:

(...) la existencia de la Triple A y los distintos hechos cometidos por sus miembros obedecieron a circunstancias políticas, enmarcadas en cuestiones ideológicas y montada desde el aparato del Estado,

³ Se trata de la definición que brinda la Real Academia Española en su 22ª edición de 2001.

bajo cuyo amparo y garantía de impunidad actuó la asociación, en una práctica generalizada que de por sí constituyó una grave violación a los derechos humanos justamente porque fueron implementados y llevados a cabo desde el Estado y por sujetos que respondían a ese poder. (...) Considero que corresponde entonces señalar que los hechos que aquí se investigan encuadran entre los que han sido descritos en el derecho público internacional como «delito de lesa humanidad» dado que nos encontramos frente a diversos hechos de extrema gravedad –secuestros, homicidios, etc. – orquestados desde el Estado, y por lo tanto, delitos que atentan contra los derechos humanos y que resultan imprescriptibles a la luz de las normas legales vigentes (Oyarbide, 26 de diciembre de 2006).

La Triple A no puede ser considerada una organización paramilitar⁴ pues no contó estrictamente con una estructura o disciplina de tipo militar. Tampoco fue un apéndice de las Fuerzas Armadas, a pesar de que algunos militares pertenecieron a ella o supieron de su existencia. Gracias a la investigación que abrieron miembros de la institución castrense, el líder de la Triple A tuvo que renunciar y escapar, según cuenta Larraquy (2007). Hay que decir, sin embargo, que esta relación no se ha podido investigar de forma acabada. Como indica Gasparini, hay una carpeta que involucraría a un buen número de militares en la organización, oficiales que han recibido la orden de Videla de no comparecer ante la justicia civil y dos coroneles asesinados, quienes habrían descubierto en 1975 que la Triple A se alimentaba de las Fuerzas Armadas. Lo cierto es que a partir del golpe militar de marzo de 1976 la visibilidad de la Triple A como actor colectivo desapareció.

El contexto histórico: Argentina 1973-1976

El golpe de Estado de septiembre de 1955 condujo a Perón al exilio. A partir de entonces, la proscripción del partido peronista abrió un período caracterizado por la resistencia peronista y la burocratización del sistema sindical. (James, 1990) Mientras que en un comienzo Perón optó por promover un plan de insurrección popular, al cabo de unos años se decidió por favorecer las condiciones necesarias para su regreso a la Argentina y frenar las aspiraciones de Vandor, líder de los obreros metalúrgicos y símbolo de la burocracia sindical, de

⁴ *Ibidem*.

crear un partido legal que sacara al peronismo de su líder, pero respetando su historia. Allí comenzaron los preparativos para el retorno del conductor.

Hacia 1970 la movilización autónoma popular había ido en ascenso e identificándose con el peronismo. Las Fuerzas Armadas buscaron una salida negociada a la dictadura liderada por el general Onganía. A fines de 1970 los partidos tradicionales (el peronismo y el radicalismo), bajo el impulso del general Lanusse, negociaron la finalización de las proscripciones electorales y el respeto, en un futuro gobierno democrático, a las minorías y normas constitucionales. El Gran Acuerdo Nacional, que en rigor se convirtió en una negociación entre Lanusse y Perón, garantizó la vuelta a la democracia representativa, pero con la auto proscripción de Perón.

Perón designó como delegado personal a Héctor Cámpora, leal hacia el líder a lo largo de 17 años. Asumió su papel de referente de diversas fracciones sociales y políticas: alentó y legitimó las organizaciones armadas guerrilleras y organizó la Juventud Peronista (JP). También creó el Frente Cívico de Liberación Nacional con partidos políticos aliados y las confederaciones generales de obreros y empresarios. La fórmula electoral del Frente Justicialista de Liberación sería Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima. La misma excluyó a los sindicalistas de las listas electorales e implicó un aval al ala contestataria del movimiento. El triunfo electoral del peronismo el 25 de mayo de 1973 con el 50% de los votos fue considerado el triunfo de la Juventud y el sector radicalizado del movimiento. Los militantes de la Tendencia Revolucionaria del Movimiento Peronista (alrededor de Montoneros y la Juventud Peronista -JP) ocuparon varias gobernaciones, algunos ministerios, universidades e instituciones y departamentos gubernamentales. La Juventud tomó las fábricas y levantó las banderas de la justicia popular. El gobierno, además, liberó a los presos políticos condenados por “actos de subversión” durante el régimen militar. Conocido también como «devotazo», abarcó distintas prisiones del país y escapó a los canales institucionales.

El 20 de junio de 1973, en Ezeiza, cuando Perón retornó a Argentina, desde el palco y nucleados tras la siniestra figura de José López Rega, fuerzas parapoliciales abrieron fuego sobre la multitud. El enfrentamiento entre los principales grupos de las distintas tendencias al interior del peronismo provocó una masacre: 13 muertos y 365 heridos. Ante dos millones de personas para recibir a Perón, la concentración de masas más grande que se haya visto en Argentina, se peleó a tiros por los espacios dentro del peronismo, es decir, por quién tenía más poder, movilizaba más gente y constituía la base de legitimidad central del movimiento y del líder.⁵

Al otro día, el discurso de Perón se centró en la vuelta a la ortodoxia doctrinaria, rechazó las manifestaciones populares y afirmó que la revolución debía hacerse en paz. La movilización social aceleró la renuncia de Cámpora y Solano Lima y, mediante una maniobra política del secretario privado de Perón y Ministro de Bienestar Social, José López Rega, se hizo cargo de la presidencia Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y yerno de López Rega, quien gobernó hasta el 20 de septiembre. Desde entonces los funcionarios de la Tendencia fueron perdiendo cada uno de los puestos ocupados y la Confederación General de Trabajo (CGT) se convirtió en el eje de la campaña de Perón. Las nuevas elecciones le dieron el 62% de los votos a la fórmula Perón-Perón, es decir Juan Perón como presidente e Isabel Martínez, su esposa, como vicepresidente. Se esperaba que con Perón presidente la violencia declinara, más el asesinato de Rucci, Secretario General de la CGT, casi simultáneamente al triunfo de Perón, expresó otra cosa.

Un pilar del gobierno Perón-Perón fue lo que Juan Perón llamó Pacto Social. La traducción en política económica del Pacto Social fue el

⁵ Numerosas han sido las interpretaciones de lo que ocurrió en Ezeiza. Feinmann (1987) fue quien cuestionó la tesis que interpretó al enfrentamiento como el de “dos demonios”, explicando la violencia de la Tendencia por los regímenes autoritarios y represivos. Este tipo de explicaciones dadas por militantes de la izquierda peronista han sido tensionadas por Hugo Vezzetti (2009). Otros entendieron los sucesos de Ezeiza como el inicio de un período de guerra civil que prosiguió hasta el 24 de marzo de 1976 (Marín, 1996 e Izaguirre, 2009). Finalmente, Daniel Feierstein (2007) entendió el período como parte del “proceso social genocida”.

Plan de Gelbard, ministro de economía. El mismo se basaba en el pacto social entre obreros y empresarios, es decir, en la conciliación de clases histórica del peronismo. El plan económico en un comienzo funcionó prósperamente, pero desde diciembre de 1973 comenzó a acumular problemas. Cuando la movilización de las bases obreras comenzó a doblegar la dirigencia sindical, responsable del pacto social, Perón reforzó la centralización de los sindicatos, aumentó el poder de sus autoridades y prolongó sus mandatos a través de la ley de Asociaciones Profesionales. El 1 de mayo de 1974 Perón expulsó a Montoneros y a la JP de Plaza de Mayo y el 24 de mayo la rama juvenil quedó excluida del Consejo Superior Justicialista. La crisis política se aceleró con la muerte de Perón el 1 de julio de 1974. Más que una doctrina, la revalorización de la lógica de la política a la que todos debían subordinarse era una estrategia de Perón contra la indiscutible crisis sociopolítica existente y una lógica de la guerra como cultura y clima de época que él mismo había favorecido y no se restringía a Argentina. La muerte de Perón fue el último desbarajuste para el comienzo del período que vio el final del peronismo y el régimen democrático. Isabel Martínez asumió la presidencia hasta que fue depuesta por el golpe militar del 24 de marzo de 1976.

En la CGT se había impuesto una dirigencia sindical allegada a la línea del vandorismo: Lorenzo Miguel por los metalúrgicos (UOM). Isabel Martínez se rodeó de un grupo de fieles de escasa tradición en el movimiento que la encabezaba el mismo José López Rega. Juntos provocaron la renuncia del ministro de economía y desalojaron de la jerarquía de los gremios al sindicalismo opositor. Sin embargo, la crisis económica de 1975, que se expresó en los graves problemas en la balanza de pagos e inflación y en una puja distributiva encarnizada que acompañó antes y después al shock económico de la devaluación del 100% llevada a cabo por Celestino Rodrigo (el nuevo ministro de economía), rompió definitivamente el pacto social y la amistad aparentemente inquebrantable entre la CGT y el gobierno peronista. Desde el 11 de julio de 1975 se iniciaron las renunciaciones: López Rega y Rodrigo, junto a todos los ministros. Los aumentos salariales fueron devorados por la inflación en menos de un mes. La crisis económica fue imposible de dominar y la crisis política se expresó con elocuencia

cuando ni las fuerzas armadas ni los empresarios respaldaron a la presidenta. Isabel se encerró en la residencia de Olivos y López Rega permaneció junto a ella rodeado por su custodia armada. El coronel Damasco pactó con los militares y organizó el operativo desarme. Un grupo de ministros entraría a la residencia protegido por el Ejército y convencería a Isabel de que reasumiera sus responsabilidades de inmediato. El 19 de julio de 1975 más de cien efectivos de Granaderos desarmaron la custodia de López Rega y facilitaron la reunión con Isabel. El Ministro se dio a la fuga e Isabel quedó sola para gobernar el país. El 27 de agosto nombró a Jorge Rafael Videla comandante en jefe del Estado Mayor Conjunto. En ausencia de Isabel el gabinete extendió la autorización a la Fuerzas Armadas para “aniquilar a la subversión” a todo el territorio nacional. Hacia fines de 1975 López Rega se hizo pasar por muerto y comenzaron sus largos años de vida como prófugo. En el país la situación de tensión era insoportable y no se puede negar la aceptación anticipada de cualquier salida: el grueso de la población argentina recibió el golpe de Estado con inmenso alivio y muchas expectativas (Romero, 2001: 205).

El contexto internacional: La Guerra Fría

La Guerra Fría y el giro socialista de la revolución cubana impulsaron a las Fuerzas Armadas latinoamericanas a elaborar una doctrina de seguridad nacional (DSN) con matices propios. Ésta tuvo tres componentes fundamentales: la doctrina geopolítica alemana, las técnicas de contrainsurgencia francesa y el concepto de “Estado de Seguridad Nacional” estructurado en Estados Unidos. (Buitrago, 2003; Velásquez Rivera, 2002) En Argentina el antecedente más destacable de la DSN se encuentra en la aprobación en 1948 de la ley de Organización de la Nación para Tiempos de Guerra que autorizaba la participación de las Fuerzas Armadas en la represión interna. El Plan CONINTES o de Conmoción Interna del Estado, instrumentado por Arturo Frondizi (1958-1963) sobre la ley de 1948, propuso una visión del conflicto centrada en el “enemigo político interno” como hipótesis acerca del “peligro nacional”. La noción de “seguridad nacional” se institucionalizó con la creación del Consejo Nacional de Seguridad y el Consejo Nacional de Desarrollo que habilitó la represión de la resistencia obrera peronista con control militar de la “seguridad in-

terior”. (Feierstein, 2009; Izaguirre, 2008) Los aportes de la escuela francesa provenientes de sus guerras colonialistas en Indochina y Argelia, como la creación de los escuadrones de la muerte y el uso de la tortura como técnicas de contrainsurgencia datan de 1955. Numerosos auditores argentinos cursaron en la Escuela Superior de Guerra Francesa durante la elaboración de la “doctrina de la guerra revolucionaria” y de la “defensa interna del territorio”. También hubo varias misiones militares francesas en la Escuela Superior de Guerra Argentina entre 1956 y 1983. (Robin, 2005 y Périés, 2009) El golpe militar del 28 de junio de 1966 se legitimó ideológicamente en la versión acabada de la DSN.

La confrontación bipolar del mundo favoreció la radicalización de las posiciones ideológicas y políticas en Argentina, aún al interior del movimiento peronista. Los primeros años de la década de los sesenta vieron nacer al Movimiento Nacionalista Tacuara, abiertamente fascista y anticomunista, cuyos miembros jóvenes de clase media competían en grados de violencia. A nivel universitario se organizaron en “sindicatos”, a imagen y semejanza del franquismo. Fue el sindicato de la Facultad de Derecho uno de los pilares de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), organismo coordinador de la derecha peronista en las universidades a principios de los años setenta. A mediados de los años sesenta Tacuara se diluyó. La fracción que acompañó el golpe militar de Onganía en 1966 estableció relaciones con militares y burócratas sindicales, pero, al caer la dictadura, se desprendió de la tutela militar para reforzar su relación con la derecha peronista. Así quedó imbuida de la ideología de la seguridad nacional. El estanciero Manuel Anchorena estableció vínculos con José Rucci y la CNU se convirtió en el polo doctrinario de la UOM y la CGT. Muchos integrantes de este conglomerado se infiltraron en el gobierno de Cámpora a través de los canales sindicales y el Ministerio de Bienestar Social. González Janzen afirma que se creó una federación de la derecha peronista, la cual agrupó a CNU, Juventud Peronista República Argentina (JPRA), Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), Comando de Organización (CdeO) de Alberto Brito Lima y su socia Norma Kennedy, Juventud Sindical, Agrupación 20 de noviembre, Agrupación 17 de octubre de Bienestar Social, la guardia militar del coronel Osinde, que sumó a

policías y militares retirados, (se presume) instructores de la Organisation Armée Secrète francesa, etc. De ella provinieron los recursos humanos que utilizó la Triple A. (González Janzen, 1986: 36).

La Guerra Fría también colaboró poniendo en circulación intelectuales e ideas de extrema derecha. En la España franquista numerosos miembros de Tacuara y de la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN) disfrutaron de sus becas otorgadas por el Instituto de Cultura Hispánica y entraron en contacto con los legionarios franceses de la Organisation Armée Secrét (OAS)⁶.

Según ha dado cuenta Ranaletti, fue el sacerdote jesuita antisemita Julio Meinvielle⁷ quien acogió en Argentina a la Congregación de los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey, nacida en Francia en 1934 (Ranaletti, 2009: 260). Los sacerdotes de esta congregación llevaron a cabo numerosos retiros espirituales en unidades militares, “en los cuales el principal tema de reflexión fue la preparación del militar católico para un baño de sangre que redimiría al país del inminente peligro comunista” (Ranaletti, 2005: 302). El grupo católico francés La Ciudad Católica surgió en Argentina en 1959 como un apéndice de la Congregación de los Cooperadores. La revista *Verbo* fue el órgano oficial de La Ciudad Católica filial Argentina. “Esta revista, de amplia circulación en el ámbito castrense entre 1966 y 1976, fue un baluarte de la justificación católica del uso de la tortura en prisioneros considerados «subversivos»” (Ranaletti, 2005: 302). Este catolicismo anticomunista integrista aportó un importante arsenal ideológico a las organizaciones de extrema derecha. Meinvielle fue el intelectual más destacable. Su primer ensayo data de 1932 y se tituló *Concepción Católica de la Política*, “uno de los clásicos del pensamiento

⁶ Ejército secreto fundado en Argelia en 1960 y formado por los sectores más radicales de la derecha colonialista francesa, exacerbadamente anticomunistas y católicos, opuestos a la independencia de Argelia y del fin del dominio francés. Tras la independencia el OAS desapareció (Benegas, 2004: 448-449). Aquellas personas que habían rechazado la descolonización tuvieron que repatriarse, especialmente España y Argentina (Ranaletti, 2005: 269). Si bien la presencia de ex integrantes de la OAS en Argentina no se discute, no se sabe mucho sobre su actividad concreta. La periodista Marie-Monique Robin (2005) sostiene que fueron parte de la Triple A en 1973.

⁷ Invito al lector a visitar la web <http://www.juliomeinvielle.org/>

contra-revolucionario argentino, que recorrerá las aulas y las salas de lectura de las bibliotecas castrenses” (Ranaletti, 2009: 254). Su última Conferencia fue dada en la Ciudad de México, ante el IV Congreso de la Liga Mundial Anticomunista en 1972. Este pensamiento influyó también en la derecha peronista. La ambigüedad de la doctrina peronista permitió la incorporación ideológica de una teoría conspirativa, la sinarquía, cuyo referente era el movimiento mexicano y se vinculaba con la reacción católica. El mismo Meinvielle escribió para una edición de *El Sinarquista* en 1937 y adoptó el término sinarquía en Argentina, entendido como gobierno invisible: “es una síntesis entre la tesis capitalista y la antítesis comunista” (González Janzen, 1986: 91). Para el principal intelectual peronista y amigo de Perón desde 1966 Carlos Disandro “la convergencia sinárquica estaría dada por un acuerdo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que, aparentando una fuerte tensión, avasallarían la «esencia espiritual» de las restantes naciones del mundo” (Besoky, 2010: 9). Disandro, profesor de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de La Plata, fue el eje del grupo de estudiantes universitarios fundadores de la CNU en 1970.

La cultura de suspicacias, servicios de inteligencia y agencias secretas cuyo objetivo era la lucha contra el comunismo en cualquiera de sus formas, fue propia de los años de la Guerra Fría. En los años en que López Rega estuvo en España se convirtió en un frecuente interlocutor del embajador norteamericano en dicho país, Robert Hill, quien había participado activamente en el golpe de Estado a Jacobo Arbenz. Fue en uno de los encuentros en los que López Rega conoció al coronel guatemalteco Máximo Zepeda, fundador de la Nueva Organización Anticomunista. Le había comunicado al diplomático su “preocupación por la infiltración marxista en el peronismo» y el embajador lo puso en contacto con un experto en la eliminación sistemática de opositores. Zepeda trabajaba desde hacía algunos años con la CIA, y su especialidad era la de organizar grupos paramilitares para aniquilar a los comunistas, o a los que ellos calificaban como tales” (González Janzen, 1986: 98). Robert Hill fue designado embajador en Argentina y trasladado a Buenos Aires en el año 1973.

Para el retorno de Perón a Argentina también intervino el Gran Maestro Licio Gelli, un ex falangista iniciador de Propaganda Due (P2), logia masónica italiana integrada en una organización irregular masónica disuelta en 1976. Con el anticomunismo como requisito, la P2 se diseminó entre los funcionarios de más alto nivel del gobierno, las fuerzas armadas, los servicios de inteligencia, la Policía, etc. Miembros de la P2 fueron Lastiri, Massera y Videla.

Las ambigüedades ideológicas del peronismo

Indudablemente las ambigüedades del peronismo favorecieron el surgimiento de la Triple A. Primero, por las características intrínsecas de los populismos clásicos, como bien lo fueron las primeras dos presidencias de Juan Domingo Perón (1946-1955), experiencias históricas que articularon elementos democráticos y autoritarios, expandieron los derechos de ciudadanía sociales y políticos, manipularon a las clases populares pero a su vez representaron un medio de expresión de sus inquietudes. Segundo, por los largos años de proscripción y resistencia del peronismo que condujeron paulatinamente a la división interna del movimiento: por un lado la burocracia sindical que terminó asintiendo la dictadura militar de 1966 junto a grupos semiclandestinos de la extrema derecha peronista, por otro lado, las bases del peronismo que se alinearon en la Tendencia Revolucionaria. Dos fracciones que se radicalizaron hacia cada uno de los vértices del espectro ideológico. (Sigal y Verón, 1988).

Tal como expresó el historiador Luis Alberto Romero, lo singular era la heterogeneidad del movimiento peronista y la habilidad de Perón para no desprenderse de ninguna de sus partes. Para algunos viejos peronistas, sindicalistas y políticos, Perón era un líder histórico que traería la antigua bonanza del Estado de bienestar. Para los jóvenes, Perón era el líder revolucionario que conduciría la liberación nacional y social. Para otros, aquellos que encarnaban el ancestral anticomunismo del movimiento, Perón acabaría con “la subversión social, más peligrosa y digna de exterminio en tanto usurpaba las tradicionales banderas peronistas” (Romero, 2001: 190). Estas ideologías contradictorias que participaron democráticamente de la elección presidencial, se cruzarían cada vez más asiduamente con una cultura política que

utilizaba la violencia como forma de resolver disputas. Mientras que los partidos políticos carecían de fuerza “los activistas formados en las matrices del peronismo, el catolicismo o la izquierda, tendieron a acentuar y dar forma a esta cultura espontánea y a incluirla –como se vio– en la lógica de la guerra. Así no fue difícil que las organizaciones armadas se insertaran en el movimiento popular, en los barrios, en las fábricas, en el movimiento estudiantil, llenando un vacío que debía ser ocupado” (Romero, 2001: 195).

Habían sido el cierre de los espacios democráticos y la imposibilidad de ejercer los derechos de ciudadanía algunas entre otras razones por las cuales surgieron las organizaciones armadas con posterioridad al golpe militar de Onganía (1966-1970): la organización Montoneros, devenida peronista, y el Ejército Revolucionario del Pueblo, vinculado al grupo trotskista del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Montoneros, desde la llegada de Perón, tuvo que interpretar las cada vez menos ambigüedades de su líder. Durante unos cuantos años Perón había movilizado y seducido a la juventud radicalizada con frases como: “la violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia. Y más todavía cuando esta violencia (la de «abajo») responde a otra (la de «arriba») ilegítima y ejercida contra el pueblo. La «política como guerra» concibe al oponente ideológico como «enemigo», nunca como «adversario». Y, esencialmente, requiere su aniquilación (violenta o no) para realizarse” (Citado en Feinmann, 1987: 106). Tal como afirma Feinmann, los jóvenes peronistas tenían muchos motivos para pensar la política como guerra. Y Perón alentó esta posición de la política como guerra.

Pero la expulsión de Montoneros de Plaza de Mayo no debería de sorprender. La alianza histórica del peronismo entre el proletariado industrial y la burguesía local no se traicionó, sino por el contrario, fue el sustento de lo que Perón denominó Pacto Social. Lo entendía como una respuesta institucional a la ingobernabilidad, una reorganización de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil que llevaba el nombre de “democracia integrada”. El “capitalismo sabiamente gobernado” en el que todos lucharían por un objetivo común: la reconstrucción del país (De Riz, 1981: 101-115). Perón, revalorizan-

do los principios de la democracia representativa, pretendía que los enfrentamientos se resolviesen con un cambio de gobierno y no de sistema, al interior de un marco de referencia compartido. Y el objetivo común seguía siendo la justicia social. Para él, la democracia integrada funcionaría como antídoto contra la violencia, ya que —a contrapelo de su experiencia populista— revalorizaba el papel de los partidos políticos e intentaba limitar, sin anular, el corporativismo desenfrenado. Pero la centralidad en el sistema político de las corporaciones en detrimento de los partidos políticos y el Estado era una característica típica de la cultura política argentina. Cuando la movilización de las bases obreras comenzó a doblgar la dirigencia sindical, responsable del pacto social, Perón volvió a la lógica corporativa, fortaleciendo la burocracia sindical.

La burocracia sindical, conocida como «vandorismo», se había independizado de las bases sindicales peronistas durante la proscripción del peronismo impidiendo la democracia sindical a través de la institucionalización de la violencia por sus grupos armados y el enriquecimiento en complicidad con las patronales y el régimen militar. Tras la muerte de Augusto Vandor, Lorenzo Miguel asumió la conducción de la UOM y José Ignacio Rucci, la Secretaría General de la CGT. Ambos fueron los que recompusieron la relación de la burocracia sindical con Perón, fueron juntos a Ezeiza y contribuyeron a la formación de la Triple A. A fines de 1973 la UOM contaba con un pequeño ejército de ex miembros de la Policía y militantes de extrema derecha (Tacuara, GRN, ALN y CNU).

La unificación de la derecha peronista

Isabel Martínez de Perón conoció a López Rega, éste comenzó a ser su secretario privado y viajó con ella a España en 1965. López Rega en la residencia de Puerta de Hierro se afianzó como mayordomo y fue tomando bajo su control tareas cada vez más relevantes, como el cuidado de la salud de Perón. Comenzó a dominar el acceso de personas a la residencia y estrechó lazos cada vez más profundos con Isabel: no sólo había despertado su conciencia, sino apuntalado en su ambición política como heredera de Evita pues decía que el alma

de Evita le pertenecía y que podía volcarla en el cuerpo de Isabel. A los tres años, ya era el secretario privado de Perón.

La campaña para el retorno de Perón se asentó en la revista *Las Bases*. López Rega asumió el control ejecutivo de la revista, tomó el rol de director periodístico haciendo de nexo entre Perón e Isabel, puso a cargo del Departamento de Arte a su hija Norma, dos amigos (Vanni y Villone) asumieron el Departamento Técnico, y Raúl Lastiri (novio de su hija) pasó a ser el cobrador de avisos publicitarios. Con Cámpora, López Rega asumió el cargo de Ministro de Bienestar Social y desde allí comenzó a juntar, a través de Norma Kennedy, a los militantes peronistas marginados del nuevo esquema de poder: a la federación de la derecha peronista. La unión con la burocracia sindical se consumó en Ezeiza al compartir con Rucci el bautismo de fuego.

Tras la masacre de Ezeiza, la derecha peronista inició la campaña por la fórmula matrimonial Perón-Perón. En agosto de 1973 el Ministro acababa de conformar su custodia, compuesta por el comisario retirado Juan Ramón Morales y por dos brigadas.⁸ La mayoría de ellos eran ex policías expulsados de la fuerza por diversos delitos. Sin embargo, un día antes de la asunción de Perón, el presidente transitorio Raúl Lastiri los reincorporó. Se subieron a las distintas secretarías y subsecretarías del Ministerio de Bienestar Social miembros de la federación de la derecha peronista: “toda agrupación que deseara eliminar del mapa a la izquierda peronista podía encontrar su refugio en alguna de las oficinas” (Larraquy, 2007: 256)⁹.

⁸ La primera estaba integrada por Isaac Fernández, Alfredo Lanata, Juan Carlos Lagos, Rodolfo Almirón, Edwin Farquharson y Toribio Chanampa, la segunda, por Antonio Rainieri, Joaquín Durán, Rafael Luisa, Miguel Rovira y Rogelio Casas.

⁹ En el Ministerio de Bienestar Social armó un departamento de prensa para difundir las actividades oficiales y puso a Jorge Conti al mando del mismo. Le secundaban Salvador Paino, Roberto Vigliano y José Manuel Vanni. En la «Unidad Ministro» había lugar para la Secretaría de Coordinación de Carlos Villone, para el subsecretario general del ministerio y una oficina para la custodia: el jefe de seguridad, el comisario retirado Morales, “secundado por Almirón y Rovira, varios ex policías y la guardia de los «argelinos»” (Larraquy, 2007: 254). Fuera de la «Unidad Ministro» estaban distribuidas las secretarías de Estado: Minoridad y Familia (César de la Vega, Gran Maestro de la Grande Logia en la Argentina, cargo del que se presume influyó Licio Gelli), Deportes y Turismo (teniente coronel Jorge Manuel Osinde y luego Pedro Eladio Vázquez), Seguridad Social (Celestino Rodrigo), Salud Pública

Al cabo de poco tiempo López Rega logró conformar una línea propia dentro del movimiento, el lopezrreguismo. El órgano de difusión fue *El Caudillo de la Tercera Posición*, un semanario que nació por decisión del Consejo Superior Peronista y fue costado por la publicidad del Ministerio de Bienestar Social y las solicitadas de la UOM y de la CGT. La revista salió a la calle el 16 de noviembre de 1973 (cinco días antes de que hiciera su aparición pública la Triple A) y se propuso “defender a Perón con todos los calibres”, a tal punto que señaló: “por cada balazo que recibamos los apretaremos y masacraremos contra cualquier paredón” (citado en Larraquy, 2007: 263). La revista se publicó de manera regular hasta fines de 1975, más o menos durante el tiempo que actuó la Triple A, y llegó a vender aproximadamente 9.400 ejemplares en los kioscos de Capital Federal. La única firma visible en las notas fue la de su director, aunque es de público conocimiento su composición: el jefe de redacción era un viejo militante de Tacuara y la GRN, le seguían periodistas simpatizantes del fascismo y franquismo del diario *Crónica* y de la revista *Extra* y un staff de integrantes de la CNU, JPRA y empleados rentados del Ministerio de Bienestar Social (Besoky, 2010). Una de las columnas de la revista se encargaba de caracterizar al enemigo. En un comienzo fueron temáticos, más luego tuvieron nombre y apellido. Larraquy y Besoky indican que las coincidencias entre los señalados por *El Caudillo* y los muertos serían feroces.

La Juventud Peronista República Argentina (JPRA) fue otra conquista de José López Rega, cuya organización política encargó a sus viejos amigos Villone y Vanni. Cuando el Consejo Superior Justicialista expulsó a la Juventud Peronista del movimiento y Montoneros se negó a participar de un cónclave junto a los peronistas ortodoxos, Juan Perón convalidó a la JPRA. A partir de entonces, toda agrupación

(Domingo Liotta), Vivienda y Urbanismo (Juan Carlos Basile), entre otras. El Ministerio a su vez tenía dos áreas: la Secretaría de Promoción y Acción Social y la Dirección Nacional de Emergencias Sociales. A esta última la dirigía un militar retirado, al que reportaban los hombres de Osinde. Una de sus bases, pegada a la residencia presidencial, contaba con material para necesitados y una batería de ametralladoras. Otro de los personajes que ostentaba armas por los pasillos del Ministerio era Felipe Romeo, ex militante de Tacuara, GRN y del CdeO y partícipe del nacimiento de la JPRA junto a amigos como el coronel Osinde. López Rega le confirió la dirección de *El Caudillo de la Tercera Posición*.

juvenil que deseara incorporarse a las filas del justicialismo debía ser aceptada por la JPRA.

La competencia entre Rucci y López Rega por liderar la derecha peronista terminó el 25 de septiembre de 1973, cuando Rucci fue asesinado. La acreditación del asesinato por Montoneros fue utilizada en beneficio de López Rega porque legitimó la propuesta para la creación de los “escuadrones de la muerte”.

A pocos días del asesinato de Rucci, el Consejo Superior Peronista presentó ante los gobernadores y delegados justicialistas de las provincias un “documento reservado” en el que se planteaba que debía procederse a una depuración ideológica del Movimiento Nacional Justicialista de todo rastro de “marxismo”. Para lograrlo, entre otras medidas operativas ilegales, el documento propugnaba la creación de un “sistema de inteligencia” que estaría “vinculado a un organismo central que se creará.” En el ítem referido a los “Medios de Lucha”, indicaba que “se utilizarán todos los que se consideren eficientes, en cada lugar y oportunidad” (Citado en Larraquy, 2007: 261). Luego de este documento del justicialismo se inició la represión ilegal. También en diciembre de 1973, Perón declaró al periódico *La Opinión* que “en la República Argentina hay un grado de violencia como el que hay en todas partes del mundo (...). Nosotros estamos creando los anticuerpos, porque es la mejor manera de combatirlos y terminar con este tipo de delincuencia”. Con toda razón Izaguirre considera que este tipo de declaraciones brindaban el aval a los diversos aparatos semiclandestinos de la extrema derecha peronista nucleados por José López Rega (Izaguirre, 2009: 155).

González Janzen afirma que la muerte de Rucci implicó la asunción de López Rega como jefe supremo de todos estos aparatos, a los que denomina “escuadrones de la muerte”. Sin embargo, agrega que éste los reforzó con una “unidad especial” formada por mercenarios y la colaboración de los nuevos jefes que impuso en la Policía Federal. Según su investigación, el hombre clave fue Alberto Villar, un comisario retirado reincorporado como subjefe de la Policía Federal por orden del mismo Perón para velar por la seguridad interna y combatir

la guerrilla, al estar imbuido de las doctrinas militares francesas de contrainsurgencia que en 1957 se aplicaron contra la guerrilla en Argelia (González Janzen, 1986: 14). Un grupo de más de cien hombres acompañarían a Villar en “tareas especiales” que no eran más que operaciones clandestinas bajo el amparo del Estado. Se había rodeado de la “escoria de tres generaciones de policías”¹⁰. Morales hacía de jefe de la custodia del Ministerio de Bienestar Social y Almirón Cena era responsable de la seguridad de Isabel¹¹. La visión internacionalista de Villar, producto de la doctrina de la seguridad nacional, guió su decisión de colaborar en forma activa con las dictaduras del Cono Sur, anticipando el Plan Cóndor (Calloni, 2001). La primera acción públicamente reconocida por la Triple A fue el atentado contra el abogado y senador radical por Chubut, el 21 de noviembre de 1973. Pero fue al día siguiente de la reincorporación de Villar —el 30 de enero de 1974—, cuando la prensa recibió la primera lista de abogados, periodistas, políticos, militares, sindicalistas y sacerdotes condenados a muerte por la Triple A. Los diez días siguientes vieron atentados contra 25 unidades básicas de la Tendencia, estallar bombas en periódicos y diarios de izquierda y el asesinato de trece personas, en su mayoría dirigentes obreros. Las ambiciones políticas de Isabelita y López Rega y la alianza entre los parapoliciales, los grupos de choque del sindicalismo y de la derecha peronista, estaban dando sus frutos. En abril de 1974 Perón ascendió a Villar a jefe de la Policía Federal. Bajo su jefatura el Ministro de Bienestar Social pudo reincorporarse a la fuerza por decreto 1350 del Poder Ejecutivo Nacional y ascender luego de sargento a Comisario General de la Policía.

¹⁰ “Un centenar de hombres en su mayor parte dados de baja deshonrosamente, procesados e incluso encarcelados por delitos comunes, desde el asalto a la extorsión, contrabando, tráfico de drogas y la trata de blancas” (González Janzen, 1986: 14). Entre ellos estaban los comisarios Luis Margaride, Esteban Pidal, Elio Rossi, Héctor García Rey; el subcomisario Juan Ramón Morales; el subinspector Rodolfo Eduardo Almirón Cena; los suboficiales Jorge Ortiz, Héctor Montes, Pablo Mesa, Oscar Aguirre y Miguel Ángel Rovira.

¹¹ Morales había sido Jefe de la Brigada de Delitos Federales de la Policía Federal a principios de los sesenta. Era el arquetipo de oficial corrompido y vinculado a la delincuencia. Se asoció con Almirón a una banda que cometía delitos graves.

De la acción irregular no estatal al terrorismo de Estado

Desde la muerte de Perón, compenetrado en la misión de salvar a la Argentina, López Rega decidió delegar la responsabilidad de reprimir la guerrilla a la Policía. La violencia tendió a hacerse cada vez más visible y el horror se convirtió en un hecho cotidiano. El miedo a la Triple A comenzó a generalizarse no solamente por la visibilidad de los cuerpos acibillados, sino porque los límites que definían a su enemigo se hicieron imprecisos. De hecho, se promovió la ley antisubversiva que legitimó la purga sistemática de los militantes y simpatizantes de izquierda (septiembre de 1974). Isabelita fortalecía este proceso: en las reuniones de gabinete se proyectaban diapositivas con las fotos de los “enemigos” que ponían en riesgo la seguridad nacional y cuya eliminación favorecía la salvaguarda de la paz (Oyarbide, 26 de diciembre de 2006).

La disputa por el mando de la Policía entre López Rega y Villar no tardó en aparecer. El 1 de noviembre de 1974 Villar y su esposa murieron por una bomba. A los dos meses se designó a López Rega en la Secretaría de la Presidencia, la que tenía bajo control la Secretaría General de Gobierno, la Secretaría General Técnica, la Secretaría de Prensa y Difusión y la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE). Pasó a tener a su cargo la coordinación del gabinete, el control de los asesores de la Presidencia y la autoridad para determinar la naturaleza y número de las audiencias de Isabel.

Fue entonces cuando comenzaron los acercamientos de la línea militar golpista hacia Isabelita. El almirante Massera anteriormente le había entregado a Ricardo Balbín, dirigente del radicalismo, un informe de inteligencia redactado por su arma que revelaba el accionar de la Triple A bajo el ala del Ministro, con el objetivo de que él mismo se lo entregara a Isabel. El acercamiento entre Massera e Isabel produjo el decreto que dio cobertura legal a la acción del Ejército contra la guerrilla en Tucumán, tarea que hasta el momento correspondía a los cuerpos policiales. Pero la incorporación de las Fuerzas Armadas como instrumento oficial para aniquilar a la guerrilla no implicó que la Triple A inmediatamente relegara sus posiciones en la represión ilegal.

Recién en abril de 1975 hubo un pedido de investigación oficial sobre la Triple A. El pedido venía del jefe del Regimiento de Granaderos del Ejército, responsable de la custodia de la residencia de Olivos y del coronel responsable de la Secretaría de Gobierno de la Presidenta, ambos representantes de la fracción del Ejército opositora a la liderada por Videla, Viola y Massera, futuros miembros de la junta militar golpista. Sin embargo, el pedido de esta investigación fue utilizada por la línea militar golpista y Massera filtró la denuncia a la prensa. López Rega renunció y se atrincheró en Olivos. Mientras tanto un abogado inició una causa por asociación ilícita que apuntaba contra él y dos de sus custodios y pidió al Ejército que presentara a la justicia la carpeta sobre la Triple A. El ex ministro logró armar un operativo haciéndose nombrar embajador plenipotenciario en Europa y salir a la fuga con la cobertura armada de seis de sus custodios antes del golpe militar¹².

El testimonio de Salvador Paino señala que cuando López Rega se fue, la Triple A sufrió una reorganización y fue lanzada a la lucha sin denominación alguna. Ésta, apoyada abiertamente por el Estado,

¹² Durante los primeros meses de 1976 López Rega siguió custodiado por Almirón y secundado por Vanni y Villone. Después del golpe de Estado, su situación judicial empeoró dado que a su situación de procesado se sumó la de prófugo. La justicia argentina reclamaba su detención y extradición. Por medio de Licio Gelli consiguió un pasaporte para irse legalmente de España. Acompañado de Almirón viajó a Suiza el 17 de abril de 1976. Al cabo de un tiempo, Prieto Portar, ex Subsecretario de Viviendas, logró trasladar a López Rega a los Estados Unidos. Mientras tanto Isabel fue arrestada, Norma López Rega, procesada y condenada, y Raúl Lastiri detenido y luego con arresto domiciliario gracias a su amistad con Massera. En 1977 López Rega y su compañera se mudaron a un pueblo cerca de Ginebra y el primero cambió de identidad. Vanni y Villone, permanecían prófugos en España. El enojo de Vanni con López Rega por el abandono en que los había dejado fue creciendo y hacia 1981 filtró la información de la identidad del ex ministro a la prensa. Si bien no pudieron fotografiarlo, el mundo supo que López Rega residía en Suiza. Al mismo tiempo Licio Gelli fue detenido al quedar al descubierto la P2. En abril de 1983 el sumario fue reabierto por una serie de nuevas denuncias y el 21 de octubre el juez Dibur procesó a López Rega y a Villone en la causa de la Triple A. El pedido de captura volvería a prosperar. Al cabo de poco más de dos años, la compañera de López Rega cometió el error de acercarse al consulado argentino en Miami para pedir la renovación del pasaporte de su pareja lo cual renovó en realidad automáticamente el pedido de captura. La justicia argentina logró juntar numerosas pruebas de testigos y, tras un enorme esfuerzo, logró procederse a la extradición de López Rega en julio de 1986. Desde entonces permaneció en prisión hasta su muerte. Luego de casi catorce años de proceso, once de los cuales estuvo prófugo de la justicia, José López Rega murió sin condena (Larraquy, 2007: 348-437).

utilizó los cementerios públicos sin ningún tipo de limitaciones. González Janzen indica que altos oficiales como el general Carlos Suárez Mason y el almirante Emilio Massera habían mantenido una estrecha relación con López Rega como miembros de la Logia Propaganda Dos. Esta vinculación sería un indicador de que el “terrorismo de Estado lopezreguista” fue un anticipo de lo que prepararon los sectores más reaccionarios de Argentina. Tras el golpe de Estado de 1976, la Triple A comenzó a llamarse Comando Libertadores de América. Fue absorbida por los militares y concretamente por la SIDE (Gasparini, 2011: 222). A los elementos parapoliciales y derechistas que se quedaron sin empleo, el Ejército llegó a otorgarles grados militares honorarios al reclutarlos para las fuerzas de tarea y el Batallón 601¹³ (González Janzen, 1986: 20):

Las fuerzas armadas estaban empeñadas en la represión y sus objetivos coincidían con los de la derecha peronista. Los servicios de inteligencia de las tres armas conocían en detalle la composición de la Triple A, pero nunca respondieron a las consultas de varios legisladores y dirigentes políticos de oposición. Algunos oficiales del Ejército –e incluso de la Policía Federal– consideraban que López Rega era un «grotesco personaje» que desprestigiaba al país, pero su Triple A apuntaba al «enemigo común» y eso era «positivo». La silenciosa complicidad de las fuerzas armadas con la Triple A fue el prólogo de la «guerra sucia» (González Janzen, 1986: 134).

De acuerdo a Inés Izaguirre, apenas producido el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 los comandos paralegales se pusieron a la orden de las fuerzas armadas. Dejaron de poner su firma en los atentados, pero acompañaron los operativos. En los testimonios aparecen como “cíviles armados” o “desconocidos”. El informe de la CONADEP los identifica como “grupos de tareas” que incluyen a militares sin uniforme (Izaguirre, 2009:102).

La represión irregular no estatal antisubversiva de la Triple A fue desapareciendo a medida que el Estado se hizo cargo de la misma. Las Fuerzas Armadas profesionalizaron un terror que, en rigor, ya

¹³ Ciga Correa y Federico Zarattini, antiguos militantes de Tacuara, fueron asignados por el Ejército como instructores de contrarrevolucionarios en Centroamérica. Trabajaron a las órdenes de los coroneles Santiago Villegas, Osvaldo Riveiro y Julio César Durand, y el mayor Hugo Miori Pereyra.

no tenía la función de aniquilar a Montoneros o el ERP, derrocados antes del golpe militar liderado por el general Videla en 1976.

Reflexiones finales

El grupo ilegal Triple A fracasó en el ensayo de una estrategia de represión no estatal. Su objetivo último fue acabar con las organizaciones político-militares consideradas “terroristas” y éstas fueron derrotadas militarmente antes del golpe de Estado de 1976. Sin embargo, lo fueron no por acción de la Triple A, sino por la licencia otorgada a las Fuerzas Armadas para la represión interna.

La forma de hacer política a través de la utilización de la violencia como recurso ilegal terminó por liquidar el régimen democrático. Y su acción, en vez de reducir real o imaginariamente los niveles de amenaza “subversiva”, los exacerbó. La existencia de la Triple A favoreció la lógica de la guerra, la lucha ideológica, el imaginario de un supuesto enfrentamiento entre extremas que asediaban a la sociedad e impelían a acabar con ellas. Colaboró a la creación de una situación de tensión y crisis de la democracia que llevó a vastos sectores de la sociedad argentina a avalar el golpe de Estado de 1976 y a la dictadura institucional de las Fuerzas Armadas que le siguió.

Si la Triple A había sido producto del peronismo y de la democracia, la existencia de la Triple A permitió legitimar la opción golpista coronada el 24 de marzo de 1976. Coincidimos con la hipótesis de Waldo Ansaldi, para quien las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas en América Latina “pretendieron ser correctivos de lo que consideraban ‘vicios de la democracia’” (Ansaldi, 2004: 28). En Argentina, estos “vicios” estaban representados no solamente por las organizaciones revolucionarias sino, y muy especialmente, por el peronismo. La dictadura militar asumió las tareas pendientes y se orientó a acabar con la alianza de clases sostén del populismo argentino. Reprimió ferozmente al movimiento obrero y atacó a la burguesía nacional a través de un proyecto político-económico que cambiaría las estructuras socioeconómicas del país (Ansaldi, 2006 y Pucciarelli, 2004). El Proceso de Reorganización Nacional disolvió la Triple A

al “estatizar” el terrorismo e institucionalizar el tipo de violencia por ella implementada.

Bibliografía

- Ansaldi, Waldo (2006), “El silencio es salud. La dictadura contra la política”, en Hugo Quiroga y César Tcach (comp.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones - Universidad Nacional del Litoral.
- Ansaldi, Waldo (2004), “Matriuskas de terror. Algunos elementos para analizar la dictadura argentina dentro de las dictaduras del Cono Sur”, en Alfredo Pucciarelli (coord.), *Empresarios, tecnócratas y militares*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benegas, José María (2004), *Diccionario Terrorismo*. Madrid: Espasa Calpe.
- Besoky, Juan Luis (2010), La revista El Caudillo de la Tercera Posición, *Conflicto Social*, Año 3, N° 3.
- Buitrago, Francisco (2003), La Doctrina de Seguridad Nacional: Materialización de la Guerra Fría en América del Sur, *Revista de Estudios Sociales*, N° 15.
- Calloni, Stella (2001), “La Triple A en la zaga de la muerte”, en *Operación Cóndor*. México, D.F.: La Jornada Ediciones.
- De Riz, Liliana (1981), *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires: Hispamérica.
- Feierstein, Daniel (2009), “Guerra, genocidio, violencia política y sistema concentracionario en América Latina”, en Daniel Feierstein (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo y PNUD.
- Feierstein, Daniel (2007), *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Feinmann, José Pablo (1987), *López Rega. La cara oculta de Perón*. Buenos Aires: Editorial Legasa.
- Gasparini, Juan (2011), *López Rega. La fuga del brujo*. Buenos Aires: Norma.
- González Janzen, Ignacio (1986), *La Triple A*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Hauser, Irina (27 de diciembre de 2006), Crímenes de la Triple A: delitos de lesa humanidad, *Página/12*, Buenos Aires.
- Hauser, Irina (13 de enero de 2007), El nuevo detenido por la Triple A y otro buscado, *Página/12*, Buenos Aires.

- Izaguirre, Inés (2009), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*. Buenos Aires: Eudeba.
- Izaguirre, Inés (2004), “La ideología de la seguridad nacional: ayer y hoy”, en Daniel Feierstein y Guillermo Levy (comp.), *Hasta que la muerte nos separe*. La Plata: Ediciones al Margen.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Larraquy, Marcelo (2007), *López Rega, el peronismo y la Triple A*. Buenos Aires: Punto de Lectura.
- Marín, Juan Carlos (1996), *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*. Buenos Aires: La Rosa Blindada y P.I.C.A.S.O.
- Oyarbide, Norberto (26 de diciembre de 2006), Resolución por la cual los delitos cometidos por la Triple A son calificados como crímenes contra la humanidad, Causa N° 1075/2006, “Triple A”, Buenos Aires. Página 12 (11 de agosto de 2010), Murió el represor Miguel Rovira, que actuó en la Triple A, *Página/12*, Buenos Aires.
- Paino, Salvador Horacio (1984), *Historia de la Triple A*. Montevideo: Editorial Platense S.A.
- Périeres, Gabriel (2009), “La doctrina militar contrainsurgente como fuente normativa de un poder de facto exterminador basado en la excepcionalidad”, en Daniel Feierstein (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo Libros y Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Pucciarelli, Alfredo (2004), “La última dictadura militar y el origen del liberalismo corporativo argentino”, en Waldo Ansaldi (coord.), *Calidoscopio Latinoamericano*. Buenos Aires: Ariel.
- Ranaletti, Mario (2009), “Contraingencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en Daniel Feierstein (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo Libros y Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Ranaletti, Mario (2005), La Guerra de Argelia y la Argentina. Influencia e inmigración francesa desde 1945, *Anuario de Estudios Americanos*, N° 62, 2, Sevilla, pp. 285-308.
- Robin, Marie-Monique (2005), *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Romero, Luis Alberto (2001), *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1988), *Perón o muerte*. Buenos Aires: Hispamérica.
- Tcach, César (2006), “Entre la lógica del partisano y el imperio del Golem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”, Hugo Quiroga y César Tcach (comp.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, pp. 123-166.
- Velásquez Rivera, Edgar de Jesús (2002), Historia de la Doctrina de la Seguridad Nacional, *Convergencia*, N° 27.
- Vezzetti, Hugo (2009), *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.